

Los
que
deben
todo
a su
propio
esfuerzo



MARGARITA XIRGU

“Cuando yo era costurera de iglesia y ganaba un real diario...”

Margarita Xirgu, la ilustre actriz, evoca los primeros tiempos de su lucha por la vida.

AQUELLA mañana las vecindonas de la calle de Jaime Giral formaban grupos animadísimos y comentaban:

—¡Es «talmente» una cómica de las buenas!...
—¡Y sin enseñarla nadie!...
—¡Os fijásteis que no se equivocó ni una sola vez?...
—¡De quién habláis?...—preguntó otra vecina que acababa de asomarse a la ventana.
—¡De quién va a ser?... De la «chiqueta» de «Peret», el tornero.
—Y ¿qué es lo que ha hecho la Margarita?...
—¡Cómo que qué ha hecho?... ¡Es que tú no lo sabes?...
—Yo no...
—Pues que trabajó anoche en las comedias que dan los del Ateneu Obrer, y lo hizo como los mismos ángeles.

—Es lista la «chiqueta» de «Peret» y fina. Hay que ver lo pequeña que es y ya tiene unas maneras más delicadas... Nadie diría que es hija de un pobre.

—Es que «Peret», aunque es obrero, sabe más que muchos señoritos. Mi marido dice que es de los más ilustrados del Ateneu Obrer.

Y como la calle de Jaime Giral es una de las más estrechas de Barcelona, Josefa, la mujer de «Peret», el tornero, estaba oyendo desde su casa todo lo que se decía en los corros de su hija Margarita. Por fin, Josefa, vencida por aquellos comentarios halagüeños, se asomó a la ventana. Las vecindonas, al darse cuenta, se volvieron hacia ella...

—¡Enhorabuena, Pepeta!... Tienes motivos para estar más ancha que larga... Todas estamos asombradas de lo bien que quedó anoche vuestra chica en las comedias.

—Podíais meterla a comedianta. A lo mejor os hacía ricos a «Peret» y a ti...

Josefa protestó. Bien que la chica trabajase de vez en cuando en la comedias del Ateneu Obrer. Pero de eso a meterla a comedianta del Paralelo había mucha diferencia... Su chica tenía que aprender un buen oficio para ayudar a sostener la casa, que... ¡buena falta hacía!...

Pedro el tornero, o «Peret», como le llamaban familiarmente los vecinos, también volvió muy contento a casa al mediodía. Todos los compañeros del taller le felicitaron por el éxito obtenido por su chica al tomar parte en la función que habían dado los aficionados del Ateneu Obrer. La chica había hecho el papel de niña en *La muerte civil*, obra que ponían por entonces todos los aficionados de España.

Cuando toda la familia se disponía a meter mano al plato de «monchetas» que Josefa había puesto sobre la mesa, «Peret» dijo muy contento a su hija Margarita:

—¡Muy bien estuviste anoche, «chiqueta»!... En premio te voy a llevar a que veas un teatro de verdad. Y cuando venga a Barcelona doña María Guerrero, que es la mejor actriz del mundo, también iremos a verla, aunque tenga que pasarme una semana sin fumar.

Aquella noche, antes de dormirse, la Josefa le dijo a «Peret»:

—No calentéis la cabeza a la chica con esto de las comedias. Ella es buena y formal; pero con esas cosas estamos expuestos a que se nos vuelva una señorita...

«Peret» dió media vuelta en la cama, mientras murmuraba.

—Vamos, mujer..., no des importancia a cosas que no la tienen.

Un oficio para Margarita

Pasó algún tiempo, durante el cual los aficionados del barrio volvieron a llamar de vez en cuando a la chiquilla del tornero para que hiciese algún papel. Esto constituía la única diversión de la pequeña Margarita. Por lo demás..., la verdad era que en su casa no se pasaba del todo bien. La familia, compuesta por el matrimonio «Peret»-Josefa, Margarita y otro hermanito, habitaba un cuarto pequeño e insalubre. Todos los cuartos de la calle de Jaime Giral eran pequeños e insalubres. Los obreros en aquel barrio, que era uno de los más miserables de Barcelona, vivían hacinados, sin ver nunca el sol ni casi la luz, a causa de la estrechez de la calle. En cuanto al dinero, no les sobraba, pero tenían lo suficiente para comer. El padre ganaba cinco pesetas diarias en su oficio de tornero mecánico. Como esto no era bastante, la madre también tenía oficio. Era alpargatera y trabajaba a destajo en una fábrica, donde solía sacarse sus buenas dos pesetas un día con otro. Con estas siete pesetas tenían que comer, vestir, calzar y, en suma, vivir las cuatro personas que componían la familia. Pero los tiempos se iban poniendo muy malos, y era menester trabajar más. Por eso, aprovechando que la pequeña Margarita estaba ya bastante crecida, los padres pensaron que había llegado el momento de darle un oficio.

—Puede ir aprendiendo a hacer alpargatas contigo—dijo «Peret».

—Eso de ninguna manera—contestó Josefa—. Yo no quiero que nuestra hija sea una esclava, y por eso he pensado, si a ti no te parece mal, en que aprenda un oficio mejor.

—Tú dirás cual...

—Verás. Yo voy a ver si consigo que la chica entre en un taller de pasamanería, donde hacen cosas para las iglesias. Creo que allí se ganan muy buenos jornales...

Y en el taller de pasamanería de iglesia entró a trabajar Margarita Xirgu cuando tenía trece años.

—¡Recuerda usted algo del taller?—pregunto yo ahora a nuestra eminente actriz, mientras se deja vestir por la doncella en su camerino del Teatro Español.

—Recuerdo que fui muy contenta, por dar gusto a mi madre, y recuerdo también que una vez dentro del taller me puse más contenta todavía, porque era un oficio muy bonito. Siempre trabajábamos en sedas y oro.

—Y ¿cuánto ganaba usted?...

—Me ajustaron en veinticinco céntimos diarios; pero imagínese mi alegría al ver que como pago de la primera semana me pusieron en la mano dos pesetas, es decir, un real más de lo que habíamos estipulado. Corrí como loca, sin parar hasta haber llegado a mi casa. Entregué a mi madre las dos pesetas y aquella noche lo pasamos muy bien. Mi padre nos contó cuentos..., mi madre cantó y bailó cosas de su pueblo... en fin, que festejamos bastante las dos pesetas que yo había ganado.

Después, como es lógico, seguí yendo al taller todos

crónica



Margarita Xirgu refiere a nuestra compañera Josefina Carabias cómo, a los trece años de edad, comenzó a trabajar en un taller de pasamanería, ganando un jornal diario de... veinticinco céntimos... (Fot. J. C.)

los días. El primer trabajo que hice yo sola, sin ayuda de nadie, fué un cingulo. Después hice cubiertas para la patena, y casi puede decirse que me especialicé en esos dos trabajos.

No obstante el trabajo del taller, Margarita seguía actuando de vez en cuando en el teatro del barrio. En vista de sus éxitos, algún tiempo después otros aficionados más importantes, pero también obreros, solicitaron su concurso.

—Con éstos, a pesar de lo pequeña que era, ya hice papeles de dama joven. Estos aficionados dieron un día en la barriada de Gracia, que entonces quedaba lejos de Barcelona, una función de mucho postín. Pusieron en escena nada menos que *Teresa Raquin*, de Zola, y Margarita encarnó el papel de la protagonista. Como la función era de cierta importancia, a pesar de estar hecha por aficionados, acudieron aquella noche a Gracia los críticos teatrales, y al día siguiente todos los periódicos de Barcelona elogiaban extraordinariamente a la obrera pasamanera, que se había revelado como una gran actriz.

—Los críticos, que ha deshecho a tanta gente—dice Margarita—, a mí me «hicieron»... Sí..., porque a la segunda representación de *Teresa Raquin* que dimos acudieron los empresarios, y al terminar de actuar, cuando me disponía a marchar a casa con mis padres, se nos acercó el empresario del Teatro Romea, y me propuso un contrato, dándome cinco pesetas diarias.

—¿Y usted aceptó?...
—Y ¿cómo no aceptar? A mí me entusiasmaba el teatro, y además aquellas cinco pesetas eran una fortuna. Me parecía un sueño que a mí me ofrecieran por trabajar, en una cosa que me gustaba de veras, un jornal igual al que ganaba mi padre con tantos sudores. Además, al poco tiempo me subieron a siete pesetas. Y después de haber representado algunas comedias, y estando ya de dama joven, ascendí a tres duros.

A pesar de que las cosas me iban bien, comenzó entonces una etapa muy triste para mí. Mi padre, que tanta ilusión había puesto en mi carrera y en mi arte, enfermó gravemente... Recuerdo que estando una noche en el teatro, y cuando iba a empezar la representación, unas vecinas me llevaron la noticia de que mi padre había muerto. Yo, como es natural, quise marcharme a casa enseguida; pero el empresario me dijo que si me iba sin haber terminado la función me despediría sin remedio. Aquello fué horrible. Mi primera idea fué salir, pasase lo que pasase; pero después me acordé del estado de mi casa. Me acordé de que mi madre no tendría para comer si a mí me despedían, y casi estaba decidida a quedarme, a pesar de lo que me pasaba, cuando el primer actor de la compañía, Acisclo Soler, tuvo un gesto que le agradeceré toda mi vida. Compadecido de mí y de lo que me ocurría, Acisclo Soler me dijo:

—Vete a casa enseguida, que si te despiden a ti tendrán que despedirme a mí también.

Y ante el conflicto que se avecinaba, el empresario transigió con que yo me fuese a velar a mi padre...

—Y ¿no volvió usted a acordarse más de su taller de pasamanería?
—Afortunadamente no me hizo falta—dice Margarita—. Pero si por cualquier azar hoy me viera precisada a escoger un oficio distinto del teatro, escogería aquél...

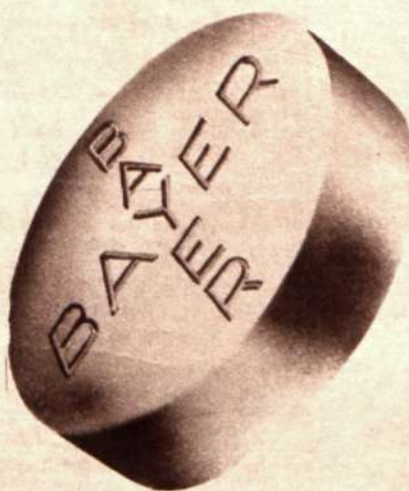
JOSEFINA CARABIAS

crónica



Duerma todas las noches

porque el sueño es el regenerador del organismo. Evite también todo sufrimiento porque produce excesivo desgaste de energías y por consecuencia enflaquecimiento del cuerpo. Ya no hay razón de sufrir, ni siquiera en las molestias periódicas, porque dos tabletas de CAFIASPIRINA libran de todo dolor, sin perjudicar el organismo.



Cafiaspirina

EL PRODUCTO DE CONFIANZA